

exige, aunque, inconsecuente como siempre ante un cuadro de desventura y dolor, proteste ahora de lo que ayer impuso como condición del reconocimiento del derecho á alternar con las personas decentes, bien calificadas?

Falta otra contradicción más, sobre la que hace antagónicos el honor del militar y del caballero y el deber del prelado, la opinión de las gentes y la misión de las autoridades. Ahí están los tribunales de justicia, la justicia identificada con la sociedad, y á quien la ley ordena perseguir al matador, á los padrinos, y aplicarles penas que están escritas, pero son letra muerta, y presumo que han de seguir siéndolo, mientras la sociedad no concilie las extrañas anomalías, motivo de eternas discusiones. Y en esta contradicción hay mucha amargura para el espíritu de una familia dolorosamente probada, para el de una dama infeliz, envuelta en los crespones de su dolor; y los que vemos desde afuera tan singulares conflictos, no podemos menos de repetir con Guyau: «Hay en germen infinitas transformaciones en los fundamentos de nuestra ética.»

..

La noticia de la muerte de la princesa de Asturias ha caído como piedra enorme, resonante, sorprendiendo á todos, porque nadie se habitúa á la idea de la desaparición súbita de una persona en lo florido de los años, en lo culminante de la sociedad, al pie del trono y casi dueña de él; nadie admite que pueda sufrir la ley común quien tan por cima está de la común condición humana. Cuando fenece alguien que ocupa elevadísimo puesto, se duplica el asombro que siempre causa el no ser, la especie de incredulidad que tan esperado é inevitable fenómeno causa en los mortales.

Con corta diferencia de tiempo, el viejo y ciego rey de Sajonia y la joven princesa de Asturias han pagado su tributo, han bajado á la región de sombra. Pero el rey cayó como el maduro fruto, la princesa fué cortada como la rama fresca y tierna aún, que apenas trocó la gracia de la primavera por la lozanía del verano. El cendal de vaga tristeza que desde la muerte de Alfonso XII envuelve al Palacio Real de Madrid, y que no lograron rasgar bodas ni triunfales viajes, se ha espesado y convertido en densa gasa de luto, y la abuela, Isabel II, por quien parece que no se han extinguido aún los rezos funerarios bajo las graves bóvedas del Escorial, apenas se ha anticipado á la nieta, prometida á largo vivir, á la patriarcal felicidad de la dilatada sucesión, de la descendencia en quien reviven el descuido y la alegría de los primeros años, retoños por los cuales el árbol ya robusto enariza más y más...

La princesa había nacido para la vida de familia, para el *home*. Había cierta divergencia entre su modo de ser y su destino, ó por mejor decir, lo que sería su destino en el caso, no probable, de que llegase á ocupar el trono. Su felicidad se cifraba en la tranquilidad de la vida del hogar, y si hubiese tenido que ceñir corona, procuraría, de seguro, refugiarse en lo íntimo del hogar á todo momento. Parecía adusta la princesa, y era solamente, en realidad, tímida, sencilla, modesta, concentrada.

Estos caracteres son para el trato constante, para dentro de las cuatro paredes, donde se reconocen las cualidades serias, el relieve psicológico; pero la multitud, que no ha de ver de cerca á tan altas señoras, las juzga por la sonrisa, por la mirada, por la expresión comunicativa. De la manifestación externa pende la popularidad. Y la princesa de Asturias, que empezaba á tener aureola de respeto y consideración, no era popular todavía. Quizás hubiese llegado á serlo, andando el tiempo, porque las opiniones del público se reformatan, el criterio varía, y no hay cosa más aventicia que la popularidad, en estos países eminentemente impresionables, que rara vez juzgan por reflexión, y en los cuales predomina el móvil sentimental. Hoy, ante la tragedia, esa mujer de veinticuatro años arrebatada en pocas horas, en el momento de cumplir la más sublime y necesaria de las funciones naturales, despidiéndose de sus hijos, de su madre, de sus hermanos, de su esposo, en pleno conocimiento, en plena convicción de que va á dejar cuanto ama, la popularidad ha brotado, y nadie tiene sino palabras de conmiseración y simpatía, acentos de dolor, consideraciones sobre lo tan sabido como olvidado: lo instable de todo, lo irónico de todo...

Ese nombre de María de las Mercedes parece llevar consigo fatalidad. Mercedes fué la primera esposa del rey Alfonso XII, la interesante hija de los duques de Montpensier, tan prematuramente consagrada á la tumba, y en memoria de ella fué Mercedes la princesa que acaba de sucumbir. Análoga impresión causó el fallecimiento de la reina Mercedes á la que hoy causa el de la princesa. Al pronto, un estupor;

luego, una piedad inmensa. Y ante la efusión de piedad, se borraron todas las prevenciones que existían contra la hija del príncipe francés, á quien las luchas y pasiones políticas, el duelo con el infante D. Enrique de Borbón, que cayó bajo el plomo de la pistola del duque de Montpensier, habían hecho más que impopular. Nadie vió entonces en doña Mercedes sino lo que realmente había; la criatura de inocencia y de amor, la flor impiamente segada. Un discurso de Ayala equivalió para la joven reina á lo que fué para Enriqueta Ana de Inglaterra, duquesa de Orleans, la célebre, inolvidable oración fúnebre de Bossuet: «¡Madama se muere, Madama ha muerto! Madama ha pasado de la mañana á la tarde, como la hierba del prado. Florecía al amanecer, ya sabéis con cuánto hechizo: al anochecer la vimos marchita... ¡Cuán rápido! En nueve horas cumplióse la obra de muerte...»

Así decía el elocuente entre los elocuentes, el gran autor del Discurso sobre la Historia Universal. La historia le había enseñado á mirar con ojos de filósofo, sereno, pero postrado ante los decretos de la justicia immanente, las catástrofes, los dramas aterradores, y hasta á encontrar en ellos secreta armonía, algo que es ley y que escapa á la mirada del vulgo; pero ante la desgracia de Saint-Cloud, de tan siniestros colores revestida por leyendas cuyo fundamento niegan hoy los hombres de ciencia, Bossuet perdió su sangre fría, y prorrumió en apóstrofes de dolor que se han hecho inmortales, que acuden á la memoria cada vez que se trunca impensadamente un brillante destino, dejando un rastro de melancolía en los más indiferentes corazones.

..

Empieza—ya era hora—á preocuparse la opinión de la frecuencia y barbarie de los delitos que se cometen en mi pueblo, por los que ya reciben la clasificación usual de «salvajes de las afueras.»

La más reciente de sus hazañas ha sido dejar seco á un mozo, no sé si de un navajazo ó de un tiro.

No ha muchos días, el presidente de la Audiencia me manifestaba su extrañeza, su inquietud. «No se registran en Andalucía, á pesar de la nota de quimeras y templados que tienen nuestros jaques, este género de delitos, sino muy rara vez. No sabemos ni á qué atribuirlos aquí, ni cómo atajarlos. Ha llegado á constituir para nosotros una verdadera preocupación, porque no se infiere qué medidas tomar para cambiar este estado de cosas.»

Lo peregrino de tales actos de incivilización, es que mucha gente culpa de ellos á un filántropo, el marqués de Amboage.

¿Y cómo puede ser responsable un filántropo de las atrocidades de gañanes más ó menos alborotados por el tinto y la caña?

Es el caso que el marqués de Amboage creyó hacer un gran favor á los mozos de esta comarca instituyendo una fundación espléndidamente dotada para redimirlos del «servicio del rey.» Salvados de coger el chopo merced á la generosidad del marqués, los mozos no reciben ni ese aprendizaje que se da en el cuartel y que es, por lo menos, disciplina, obediencia, algo de responsabilidad, una doma, en suma. «Las escuelas rurales—decíame el magistrado—se encuentran en un estado verdaderamente lastimoso, y apenas dan nociones rudimentarias, pronto echadas en olvido.» Desde los doce años, el campesino se encuentra abandonado á sus instintos, generalmente brutales, sin nada que los neutralice, sin freno que los contenga, y atraviesa ese primer hervor de la pubertad que juristas y antropólogos señalan como la edad criminal por excelencia, libre de lo único que completaba su deficiente educación: el servicio. Esta es la obra del seguramente bien intencionado y caritativo marqués de Amboage, á cuya memoria, en vez de tributo de bendiciones, se consagran censuras y renegos, exagerando quizás la influencia de su fundación en este desate de salvajismo que azota las cercanías de una ciudad tan pacífica y tan culta como la Coruña.

Civilizar enseñando, por medios evolutivos sociales, es sin duda lo mejor, pero es remedio á largo plazo, letra girada lo menos á veinte años fecha, y no es para sufrida veinte años la feroz acometividad de los mozos de los alrededores. Es preciso reprimir con mano fuerte, castigar como piden de consuno la ejemplaridad y la prudencia. La impunidad de ciertos delitos trae aparejado que se hagan crónicos y que se acompañen de un desbordamiento de criminalidad. Usar armas sin licencia; disparar tiros al aire; bailar á oscuras en la carretera, estorbando el paso á los coches y á los transeúntes pacíficos, no es nada, no tiene pena efectiva..., y de ahí nace el asesinato.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Un trágico suceso acaecido estos días, del cual se habla aún, el duelo á muerte de Sevilla, ha planteado infinitos problemas, ha señalado con dedo teñido en sangre la contradicción sobre que estribamos, que constituye el fondo mismo de nuestra organización moral y social.

La contradicción, natural y hasta necesaria entre individuos, como base social es mal gravísimo. La sociedad tiene que proceder de acuerdo consigo misma, y cuando lleva en su seno antinomias tan hondas, tan irreductibles, es que hay en ella algo que puede calificarse de absurdo.

Lo que salta á la vista en el suceso de Sevilla, es que los honores y deberes de todos y cada uno de cuantos en él intervinieron, no pueden conciliarse, y sólo de batirse se riñen. Yo no hago referencia á nada anterior al desafío; en esto no sólo no tengo para qué entrar, sino que sería indelicado, amén de ocioso. Parto del punto y hora en que los dos adversarios se encontraron frente á frente; mejor dicho, del momento en que, dentro de un teatro, uno de ellos sufrió la injuria origen del lance. Desde ese mismo instante—declaran los militares—tuvo el estricto deber de batirse, y de batirse á muerte. Desde ese mismo instante, protestan los políticos, las autoridades tuvieron el estricto deber de impedir que ese militar, obligado á batirse, se batiese en efecto; á su vez los padrinos, al recibir instrucciones tan graves que los primeros resignaron sus poderes, estaban en el estricto deber de arreglar suavemente, sin detrimento de la honra de sus apadrinados, la cuestión. Por un lado, el honor, exigiendo reparaciones tremendas; por otro, la humanidad, ordenando que esas reparaciones no se obtuviesen. El mundo burgués, al ver la sangre, reclamando responsabilidades á todos, y si no la hubiese visto, echaría sobre los adversarios el peso de la burlona sospecha de una farsa, hablando (lo hemos oído en mil ocasiones) de pistolas cargadas con pólvora sola, de comedia ridícula.

Por su parte, el reverendo arzobispo de Sevilla tiene y cumple un deber diametralmente opuesto á los del militar y del *gentleman*; y lejos de estimar que el honor

«que es patrimonio del alma,»

como dijo el insigne dramaturgo, ha quedado satisfecho, colmada su ambiciosa medida, con la suprema y terrible satisfacción de la muerte, cree que sólo hay aquí un pecado gravísimo, un alma perdida, un cristiano que no puede recibir sepultura en tierra sagrada. Los cánones no son ambiguos, y si la obligación de los dos adversarios era ponerse á morir ó matar, la del arzobispo, no menos triste y penosa, que habrá contristado su ánimo, porque se trataba de un católico, probablemente de un amigo, era proceder como procedió... Lo que la sociedad impone en nombre del honor, la Iglesia lo reprueba y lo castiga con severa penalidad. ¿Qué lleva en sus entrañas un estado social donde la fe condena lo que la caballerosidad